

Los responsables políticos y sociales, la enseñanza y los medios de comunicación, tres ámbitos fundamentales para avanzar en su desarrollo

CULTURA de seguridad y defensa

Jordi Marsal Muntala

Adjunto civil al director del CESEDEN

EL Diccionario de la Real Academia Española ofrece, entre otras, estas dos acepciones de *cultura*: «conjunto de conocimientos que permite a alguien desarrollar su juicio crítico» y «conjunto de modos de vida y costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico, industrial, en una época, grupo social, etc.» Comprobamos así que la palabra puede utilizarse en un sentido subjetivo, como cuando decimos que «es una persona de gran cultura, es muy culto»; y también en un sentido objetivo cuando nos referimos, por ejemplo, a «la cultura musical española».

¿Hay en España cultura de defensa? Mi respuesta es: «sí y no». En el sentido subjetivo del concepto de cultura, en términos generales no existe o existe un nivel muy bajo de cultura de defensa. En el sentido objetivo sí existe una cultura de defensa española, como existe una cultura de defensa alemana o británica, cada una de ellas con sus características diferenciales debido a las particulares percepciones y experiencias históricas. Incluso podemos constatar que en un mismo país pueden coexistir diferentes culturas de defensa, del mismo modo que puede haber diferentes culturas artísticas.

La experiencia española de los dos últimos siglos ha sido muy diferente —aunque no totalmente— de la del resto de Europa hasta el último cuarto del siglo XX. Mientras los demás países europeos se veían inmersos en una serie de guerras en las que cada uno de ellos atacaba o se defendía frente a un enemigo exterior, en España nos envolvíamos en confrontaciones interiores que en demasiados casos devenían en conflictos bélicos, en los que los militares se alineaban con una po-

sición (los llamados *espadones* del siglo XIX) o llegaban a constituirse en actores principales de la vida política (las dos dictaduras, con sus características distintas). En última instancia se teorizaba sobre la existencia de un poder militar independiente del poder civil.

Este desarrollo histórico condujo a la percepción de la existencia del enemigo interior, fuese de uno u otro signo, y con ello a una percepción de lo militar no como herramienta frente a las amenazas exteriores sino como herramienta o actor interior en las confrontaciones interiores. Debido a ello, se fue desarrollando también un ensimismamiento, un aislacionismo (matizado en cada uno de los períodos, sea el reinado de Isabel II o el de Alfonso XII y la Regencia), que llegó a una teorización con el concepto de *recogimiento* desarrollado por Cánovas del Castillo.

Una de las consecuencias de esta experiencia histórica ha sido, en el presente, la ausencia de percepción de riesgos o amenazas —principalmente exteriores—, como indican las encuestas realizadas en los últimos 30 años. Frente a la percepción de los riesgos y amenazas

a nuestra seguridad personal o a nuestros bienes —¿quién no ha sido objeto de algún problema en este aspecto?—, lo que conlleva la inmediata e intuitiva necesidad de unas Fuerzas y Cuerpos de Seguridad por parte de los ciudadanos, la no percepción de amenazas procedentes del exterior dificulta la existencia y el desarrollo de una cultura de defensa, en sentido subjetivo, si exceptuamos a los sectores que se dedican al estudio intelectual —universidades o think tanks— o profesionalmente a garantizar nuestra defensa y seguridad, es decir, las Fuerzas Armadas y policiales.

*Es preciso que
los ciudadanos
perciban la
existencia de riesgos
y amenazas*



Hélène Cricquet

Por otra parte, estas experiencias históricas y las consecuentes percepciones han formado también una determinada cultura de defensa en sentido objetivo. Y aunque este ámbito haya sido menos estudiado podríamos enunciar algunas características de la cultura (mayoritaria) de nuestra sociedad. Así, podemos decir que es altamente pacifista —¿por qué necesito defenderme si yo no voy a atacar a nadie?— y que en algunos sectores —extremadamente minoritarios aunque muy activos— puede llegar a ser antimilitarista; que las Fuerzas Armadas son altamente valoradas por la sociedad y, sin embargo, no forman parte de las prioridades a la hora de atribuirles recursos o de dedicarse profesionalmente a ellas; que es una cultura preferentemente europeísta, a pesar de cierto desencanto y preocupación, por lo que se ve con buenos ojos una defensa europea y la formación de un ejército europeo; que existen desde hace tiempo expresiones —a izquierda y a derecha— de cierto antiamericanismo; y que hay reticencias a las proyecciones exteriores —aunque desde hace un tiempo las operaciones de paz merezcan aprobación— propias y mucho más a las de aquellos países u organizaciones que aparecen como expansionistas o incluso imperialistas...

Puede gustarnos o no, pero creo que es una descripción adecuada. Si pensamos que esta situación debilita nuestra seguridad debemos actuar para transformarla en una cultura de defensa más realista y próxima al mundo en que vivimos. Sin un fuerte apoyo social a las políticas de defensa y seguridad, nuestra defensa y nuestra seguridad son más débiles e inseguras.

Esto requiere que nuestros representantes y gobernantes den importancia a las cuestiones de seguridad y defensa. Si en sus discursos y debates no aparecen estos temas, si no le dan la importancia debida como últimos responsables de nuestra seguridad y defensa, ¿cómo podemos esperar que el conjunto de la sociedad les atribuya importancia y pueda desarrollarse una adecuada cultura de defensa?

Desde la perspectiva de la investigación se nos puede abrir un amplio horizonte si aplicamos conceptos y metodologías de la antropología cultural, de la sociología y de otras ciencias sociales para profundizar en el concepto de cultura aplicado a la defensa, analizando específicamente la sociedad española y su desarrollo histórico en relación con la defensa nacional.

QUÉ HACER

Para que se desarrolle una cultura de defensa entre los ciudadanos es necesario que exista una percepción de la existencia de riesgos y amenazas —tradicionales, nuevos o híbridos— a nuestra seguridad individual y colectiva. Este debe ser un objetivo prioritario en las políticas para una cultura de defensa. La labor realizada en el ámbito universitario está dando ya sus frutos; podemos afirmar que hoy existe una comunidad de defensa con importante masa crítica. No podemos dejar esta presencia.

Pero al mismo tiempo debemos fijarnos nuevas prioridades. Existen tres campos fundamentales para avanzar significativamente. Uno es el de los responsables políticos y sociales, sobre los que he hecho una primera reflexión. Otro es el de los medios audiovisuales y de comunicación: en una sociedad como la actual, en que las imágenes y la rapidez y concisión de las comunicaciones invade todos nuestros ámbitos de actividad y condiciona nuestras percepciones y nuestra manera de vivir, no podemos dejar de lado estrategias y acciones de una comunicación moderna y unas imágenes que actúen también en la seguridad y la defensa.

Un tercer aspecto fundamental es el de la enseñanza antes de la universidad. La formación y el compromiso de los docentes es fundamental para conseguir resultados profundos y permanentes. Por eso, en este momento una de las líneas de actuación del Instituto Español de Estudios Estratégicos se dirige en este sentido. Se han realizado ya

diversas actuaciones en distintas comunidades autónomas y facultades de formación del profesorado, con muy buenos resultados. Éste es un trabajo ingente que requiere recursos y, fundamentalmente, personal preparado para esta labor. La cooperación de la comunidad educativa es fundamental. Para ello se precisan planteamientos pedagógicos adecuados a cada nivel aprovechando la misma naturaleza de conceptos como riesgo y amenaza.

Tener seguridad comporta gestionar adecuadamente los riesgos para que no se conviertan en amenazas y hechos reales. Vivimos en un mundo lleno de riesgos y amenazas a distinto nivel que comporta también responsabilidades a distinto nivel, empezando por la de cada uno de nosotros.

Las empresas que tienen políticas de gestión de riesgos saben que uno de los problemas a los que se enfrentan es que las unidades de la empresa tiendan a traspasar la gestión y la solución a otra unidad. Cuando en el ámbito de la defensa uno piensa que éste es un problema que ya resolverán los militares, estamos cometiendo el mismo error.

Las Fuerzas Armadas son una de la principales herramientas para gestionar riesgos y amenazas, pero si no asumimos que la defensa es una responsabilidad compartida de todos los ciudadanos nuestra seguridad tendrá el peligro de que los riesgos —situaciones que es posible que nos causen un daño— se conviertan en amenazas —cuando es muy probable que estas situaciones lleguen a ser realidad— y se hagan efectivas. La responsabilidad del Gobierno es impedir que se pase de un grado a otro y para ello debe disuadir al potencial adversario para que no siga adelante. Para que la disuasión sea creíble y efectiva, además de disponer de las capacidades suficientes, es necesario que el adversario esté convencido de que, además, hay voluntad de utilizarlas. Y esta voluntad es más real cuanto mayor sea el respaldo social para actuar. Esto es más posible cuanto mayor sea la cultura de defensa.

CULTURA ESTRATÉGICA

Antes de entrar en unas reflexiones finales deseo introducir un nuevo concepto, el de cultura estratégica. Así como la cultura de defensa es una cuestión de percepciones, de conocimientos, de comprensión, la cultura estratégica es una cuestión de preferencias y prioridades. Su contenido viene definido por la disposición a usar la fuerza con mayor o menor rapidez y contundencia —por ejemplo, la cultura estratégica europea, en general, es más reticente al uso de la fuerza que la norteamericana o la rusa—; la preferencia por las estrategias de aproximación directa o indirecta; la preferencia por una guerra total de destrucción del enemigo o por una guerra limitada, lo cual comporta distintas reglas de enfrentamiento; la preferencia por el uso de la fuerza aérea o de la terrestre; las prioridades en las alianzas teniendo más en cuenta el compartir valores o intereses... En España, en la época moderna, sus gobernantes se han enfrentado a la disyuntiva de orientar sus prioridades hacia Europa o hacia América, hacia el Mediterráneo o hacia Europa central...

Este concepto fue introducido en 1977 en un trabajo realizado por Jack Zinder, titulado *Soviet strategic culture: implications for nuclear options*, en el que analizaba la diferencia entre las estrategias nucleares de la URSS y de Estados Unidos, y la fundamentaba en las distintas culturas estratégicas.



Investigar y desarrollar conceptos y doctrinas para profundizar desde una perspectiva española —aunque sea en el marco de los desarrollos de la OTAN y de la Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD) de la UE— en una cultura estratégica nacional no es únicamente de interés en el ámbito militar, sino también en el de la cultura de defensa de la sociedad en su conjunto. Por ello los trabajos que realiza el Centro Conjunto de Desarrollo de Conceptos, sucesor de la Unidad de Transformación de las Fuerzas Armadas y ubicado en el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN), deberán ser de gran utilidad.

La necesidad de definir nuevas estrategias y geoestrategias, tanto en los dominios tradicionales de tierra, mar y aire como en los nuevos del espacio o del ciberespacio, para responder a los nuevos riesgos y amenazas, puede reforzar sus resultados con el uso conceptual y analítico de la cultura estratégica.

Decía el general británico sir William F. Butler en 1889, en su biografía del general Charles George Gordon: «La nación que se empeña en trazar una ancha línea de demarcación entre el guerrero y el pensador se arriesga a que un día sus batallas sean libradas por ignorantes y sus ideas sean pensadas por cobardes».

REFLEXIÓN FINAL

Nuestro compromiso y empeño está en desarrollar una cultura de defensa, en sentido subjetivo, en el conjunto de la población, en una opinión pública que sea consciente de los riesgos y amenazas procedentes del interior y del exterior. Nuestro compromiso y empeño está en profundizar una cultura de defensa, en sentido objetivo, que nos haga más fuertes ante los riesgos y amenazas que nos acechan en este mundo imprevisible en el que nos toca vivir.

La defensa es una responsabilidad de todos para mantener nuestros valores, nuestra libertad. La seguridad no es una situación natural que nos sea concedida sino que exige esfuerzos de todos nosotros. Como está inscrito en el monumento a los combatientes en la guerra de Corea en el Mall



Hélène Gicquel

de Washington, «Freedom is not free»: La libertad no es gratis. El próximo Gobierno debe comprometerse en el desarrollo de una conciencia nacional de seguridad y defensa, elemento esencial de una auténtica sociedad democrática comprometida con sus valores e intereses. Políticas tendentes a este fin deben ser impulsadas por el presidente del Ejecutivo, garantía de una implicación de todo el Gobierno y de una coordinación que asegure una comunicación estratégica integral con homogeneidad de políticas y mensajes, tarea en la que el Consejo de Seguridad Nacional debe jugar un papel central.

Debemos garantizar el desarrollo del acuerdo firmado el pasado 4 de diciembre entre el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte y el de Defensa, para contribuir a mejorar el conocimiento de la seguridad y la defensa en los distintos niveles educativos y estimular convenios y acciones tendentes a esta finalidad con las consejerías de Educación de las comunidades autónomas.

El impulso de una cultura de defensa debe ser una prioridad transversal en todos los niveles y áreas del Ministerio, en la que el ministro y el jefe de Estado Mayor de la Defensa (JEMAD) jueguen un papel determinante y coordinado. Asuntos tan importantes para el presente y el futuro de nuestra seguridad y defensa como los recursos contemplados en los futuros Presupuestos, que aporten estabilidad y previsibilidad, serán más fáciles de determinar si la sociedad es consciente de la importancia de la seguridad respecto a la convivencia democrática en el país y al logro de una estabilidad internacional que permita la paz.

Es conveniente que existan una autoridad y una organización diseñada para el impulso de la cultura de defensa, con recursos humanos y económicos definidos, sin necesidad de crear nuevas

estructuras y aprovechando al máximo los recursos ya existentes.

Desde 2003 tenemos vigente un Plan Director de Cultura de Defensa. En el ámbito de la Secretaría General de Política de Defensa se han elaborado los documentos para un nuevo Plan Director, que debe ser aprobado con la mayor rapidez posible.

En mi opinión, las prioridades deben dirigirse a los responsables políticos y al profesorado de la enseñanza pre-universitaria. Una cultura de defensa implica las actuaciones de arriba abajo, es decir, con el impulso de los responsables políticos; y de abajo a arriba, con ciudadanos implicados y exigentes.

Estas prioridades no suponen un abandono de la necesidad de continuar con la actuación en el ámbito universitario y de los centros de pensamiento, para reforzar y aumentar la masa crítica de la comunidad de defensa, que debe seguir implicándose activamente en el impulso de la cultura de defensa.

También es preciso definir estrategias para garantizar la presencia de la seguridad y defensa en los medios de comunicación, especialmente los audiovisuales, y en las redes sociales, ambos importantes en nuestra sociedad de la imagen y de la inmediatez para influir en la opinión pública.

En el área de la investigación, la aplicación de nuevos conceptos e instrumentos nos puede abrir la puerta tanto a la elaboración teórica como a facilitar la difusión práctica de la cultura de defensa en el conjunto de la sociedad y en cada uno de sus sectores con estrategias específicas.

Finalmente, aunque no menos importante, no debemos olvidar el papel que pueden y deben jugar las Comisiones de Defensa del Congreso y del Senado, así como la nueva Comisión Mixta sobre Seguridad Nacional. La realización de debates sobre los temas fundamentales para la seguridad y defensa de España y su implicación con la OTAN y la PCSD de la UE son una expresión del compromiso parlamentario en la búsqueda de consensos que transmitan a los ciudadanos que su seguridad y defensa es un asunto que sobrepasa los estrictos y legítimos planteamientos de cada grupo.

En los países democráticos las cuestiones de defensa forman parte del debate político y social habitual, y sus ciudadanos son conscientes de la importancia de la seguridad para su progreso y desarrollo, para el ejercicio responsable de sus derechos y libertades, para la defensa de sus intereses nacionales colectivos. Esto comporta la existencia de una cultura de defensa que se crea desde la infancia en la educación y en la vida social y que impulsa unas relaciones normales entre civiles y militares. España tiene una sociedad democrática que reclama seguridad en muchos campos y que valora altamente la institución de las Fuerzas Armadas. Esta democracia será más profunda si existe conciencia de la necesidad de defender sus valores, su libertad y sus intereses frente a riesgos y amenazas de las que debe ser consciente, sabiendo que la defensa es una responsabilidad de todos y que los militares que integran nuestras Fuerzas Armadas son una herramienta fundamental de nuestra defensa y seguridad.

Nuestra sociedad será no sólo más segura sino también más democrática en cuanto su cultura de defensa sea más extensa. ■

La defensa es una responsabilidad de todos para mantener nuestros valores y nuestra libertad